



FACULTAD DE TURISMO Y FINANZAS

GRADO EN FINANZAS Y CONTABILIDAD

**Aplicación de la Economía de la Felicidad
a la Economía del Desarrollo**

Trabajo Fin de Grado presentado por Anabel Castro Gutiérrez, siendo el tutor del mismo Francisco Gómez García.

Vº. Bº. del Tutor/a/es/as:

Alumno/a:

D. Francisco Gómez García

Dña. Anabel Castro Gutiérrez

Sevilla. Mayo de 2015



**GRADO EN FINANZAS Y CONTABILIDAD
FACULTAD DE TURISMO Y FINANZAS**

**TRABAJO FIN DE GRADO
CURSO ACADÉMICO [2014-2015]**

TÍTULO:

**APLICACIÓN DE LA ECONOMÍA DE LA FELICIDAD A LA ECONOMÍA DEL
DESARROLLO**

AUTOR:

ANABEL CASTRO GUTIÉRREZ

TUTOR:

FRANCISCO GÓMEZ GARCÍA

DEPARTAMENTO:

ECONOMÍA E HISTORIA ECONÓMICA

ÁREA DE CONOCIMIENTO:

ECONOMÍA APLICADA

RESUMEN:

En el presente trabajo se revisan las aportaciones de la denominada Economía de la Felicidad al desarrollo contrastando así las principales hipótesis que se derivan de este marco analítico. La felicidad ha sido buscada incesantemente pero es a partir del estudio de Easterlin en 1974 cuando ha suscitado el interés de los economistas pues en los últimos años las valoraciones subjetivas sobre la calidad de vida propia, resumidas en niveles de satisfacción vital o felicidad, están adquiriendo protagonismo como indicadores de desarrollo. En la misma línea se señala que el nivel de felicidad es una variable fin de todo proceso vital y que por tanto debe ser considerada frente a factores instrumentales como la renta. La trayectoria de la felicidad en la economía del desarrollo es justamente lo que se pretende en este trabajo, tratando de explicar el cambio en la percepción del concepto de desarrollo y como la felicidad avanza para ser condición necesaria en la evaluación del proceso.

PALABRAS CLAVE:

Felicidad; Bienestar Subjetivo; Paradoja de Easterlin; Desarrollo; Fin último.

ÍNDICE

1. INTRODUCCIÓN.....	5
2. ECONOMÍA DE LA FELICIDAD.....	7
2.1. CONCEPTO DE FELICIDAD	7
2.2. ANTECEDENTES	9
2.3. LA MEDICIÓN DE LA FELICIDAD	10
3. LA PARADOJA DE EASTERLIN.....	15
3.1. FELICIDAD E INGRESOS	16
3.2. REFLEXIÓN DE EASTERLIN SOBRE EL PIB Y LA FELICIDAD	18
4. FELICIDAD Y ECONOMÍA DEL DESARROLLO	21
4.1. INDICADORES TRADICIONALES COMO INDICADORES PARCIALES DE LA FELICIDAD.....	21
4.2. LA LIBERTAD COMO CONDICIÓN NECESARIA PARA LA CAPACIDAD DE SER FELIZ.....	22
4.3. LA FELICIDAD COMO FIN ÚLTIMO DEL DESARROLLO	23
4.4. ¿QUÉ APORTA LA ECONOMÍA DE LA FELICIDAD A LA ECONOMÍA DEL DESARROLLO?.....	24
4.5. EL MAPA MUNDIAL DE LA FELICIDAD	25
CAPÍTULO 5. CONCLUSIONES.....	29
BIBLIOGRAFIA.....	31

CAPÍTULO 1

INTRODUCCIÓN

En los últimos 25 años ha surgido un interés creciente por parte de las ciencias sociales en el estudio de la felicidad con base en el enfoque del bienestar subjetivo, esto es, el análisis de los factores que inciden en que un individuo se defina a sí mismo como feliz o satisfecho. La investigación sobre esta temática se ha desarrollado tanto en el campo de la psicología (Kahneman et al., 1999) como de la sociología (Veenhoven, 1993) y muy particularmente de la economía (Layard, 2005).

La felicidad ha sido perseguida por el hombre desde tiempos remotos pero no siempre estuvo ligada al desarrollo. A través de la historia el desarrollo ha sido entendido y promovido desde diversos enfoques, de acuerdo con los intereses y la correlación social de fuerzas imperantes en cada época.

Los economistas han estado persuadidos, en general de todos los enfoques, por la creencia de que más riqueza, más renta y mas bienes implican una realidad social con unas condiciones de vida mejores, mayor bienestar y, en definitiva, mayor felicidad. Las personas que gozan de niveles de renta elevados pueden tener acceso a bienes y servicios que no están al alcance de todos y la vida en condiciones de pobreza extrema puede ser muy difícil de sobrellevar. Dicho de otra manera, la ciencia económica tendía a asumir que el bienestar material era la condición previa de la satisfacción subjetiva y que los cambios en la felicidad está directamente relacionados con los cambios en el poder adquisitivo. Este tipo de enfoque tenía claras implicaciones en el planteamiento de políticas económicas, así los políticos han asumido esta idea y como consecuencia la evolución del PIB y las tasas de crecimiento de éste siguen siendo, entre otros, objetivos fundamentales de política económica. No obstante, numerosos estudios llevados a cabo en los países ricos, como puede ser la Paradoja de Easterlin (1974), arrojan serias dudas acerca de la hipótesis anterior.

Pero entonces, ¿qué debemos entender por desarrollo?, ¿qué información debe guiar las políticas públicas, en general, y los programas de desarrollo en particular? En los últimos años está cobrando fuerza la idea de que por desarrollo debe entenderse el incremento de los niveles de satisfacción o felicidad de una sociedad, de lo que se deriva que para la evaluación de políticas públicas el criterio principal debe ser la valoración de los sujetos sobre su propio bienestar. Así estos resultados subrayan la necesidad de analizar la felicidad y sus determinantes desde una perspectiva más amplia que la habitual, así como la incorporación de la misma a los fines últimos del desarrollo, dando lugar a la denominada Economía de la Felicidad.

De tal modo, en este trabajo se pretende determinar el papel que juega el enfoque de la felicidad en la economía del desarrollo y para ello se ha estructurado en cinco capítulos y que a continuación se detallan. El primero de ellos es en el que nos encontramos y trata de realizar una breve introducción de lo que será el trabajo. En segundo lugar se aborda el concepto de felicidad haciendo una diferenciación necesaria entre satisfacción con la vida y bienestar subjetivo, así como breve mención al interés de los humanos en cuanto a la felicidad durante siglos y la medición de ésta. Seguidamente en el capítulo tercero se recoge la naturaleza paradójica y convencional de la relación entre felicidad e ingresos a partir de la denominada Paradoja de Easterlin y se expone si el PIB es un buen indicador de la felicidad. En el capítulo cuarto se intenta explicar el aporte que tiene la Economía de la Felicidad en el

Economía del desarrollo, comentando que los indicadores tradicionales son solo indicadores parciales de la felicidad y que por tanto es necesario incorporar nuevos índices; que la libertad del individuo es necesaria para alcanzar ese fin último y que no es otro que la felicidad; relacionándose además el mapa mundial de la felicidad con el mapa mundial del PIB per cápita con la idea de demostrar que país rico no es igual a país feliz. Y finalmente, en el capítulo cinco, se recogen una serie de conclusiones que han surgido a lo largo de la elaboración del presente trabajo.

CAPÍTULO 2

ECONOMÍA DE LA FELICIDAD

Nos encontramos ante una época sin precedentes. A pesar del desarrollo continuo de países y de la riqueza total del mundo, existe incertidumbre, malestar e insatisfacción. La búsqueda incesante de mayores ingresos y crecimiento del PIB nos está llevando a una desigualdad e infelicidad cada vez más crecientes.

Frente a este contexto, se ha vuelto a considerar los motivos básicos de la felicidad en nuestra vida económica, quizás porque se ha comprobado de forma empírica y experimental que el dinero (superado un mínimo para vivir) no da la felicidad. Así, ha surgido la línea de investigación denominada Economía de la Felicidad y que estudiaremos en este capítulo del presente trabajo.

2.1. CONCEPTO DE FELICIDAD

La felicidad está de moda. Sin embargo como punto de partida de nuestro análisis se impone realizar determinadas precisiones para evitar la confusión que se puede derivar de una plena equiparación de términos -que nosotros también usaremos- entre los que existe un vínculo evidente, pero que no son sinónimos: satisfacción con la vida, bienestar subjetivo y felicidad.

La satisfacción con la vida alude a “la percepción que un individuo tiene de su lugar en la existencia, en el contexto de la cultura y del sistema de valores en los que vive y en relación a sus objetivos y expectativas, sus normas y sus inquietudes. Se trata de un concepto muy amplio que está influido por la salud física del sujeto, su estado psicológico, su nivel de independencia, sus relaciones sociales, así como su relación con los elementos esenciales de su entorno” (World Health Organization Quality of Life Group, 1995). Si prestamos atención a la definición podemos ver que dentro del concepto existen dos vertientes: la presencia de las condiciones consideradas necesarias para una buena vida y la práctica de vivir en cuanto a tal. A nivel social la calidad de vida o satisfacción con la vida solo puede entenderse teniendo en cuenta la primera de las vertientes, sin embargo a escala individual entran en juego ambas vertientes.

Rubén Ardila (2003) en cambio, entiende la satisfacción con la vida como algo integrador, pues en su definición del término, hace referencia a la integración de todos los aspectos relevantes, y es la siguiente: “Calidad de vida es un estado de satisfacción general, derivado de las realizaciones de las potencialidades de la persona. Es una sensación subjetiva de bienestar físico, psicológico y social.” Para Ardila es muy importante distinguir lo subjetivo y lo objetivo, ya que con respecto –por ejemplo- a la salud “podemos sentirnos saludables (salud subjetiva) y no estarlo (salud objetiva), o estarlo y no sentirnos saludables”.

Por otro lado Levy y Anderson (1980) la define como “una medida compuesta de bienestar físico, mental y social, tal como la percibe cada individuo y cada grupo, y de felicidad, satisfacción y recompensa”.

Celia y Tusky (1990) hace referencia a la satisfacción con la vida a “la apreciación que el paciente hace de su vida y la satisfacción con su nivel actual de funcionamiento comparada con el que se percibe como ideal o posible”.

Por último y para una mejor comprensión del término, añadir que una vez satisfechas las necesidades básicas de alimentación, vivienda, salud, trabajo, etc. para la mayor parte de los miembros de una comunidad, en un contexto determinado, empieza el interés por la calidad de vida.

El bienestar subjetivo supone una evolución global, hecha por uno mismo y sobre uno mismo, dentro de un periodo amplio de tiempo, acerca de la satisfacción con la vida. Supone el predominio de las vivencias afectivas positivas sobre las negativas que tiene cada persona en particular. Diener (1994) resalta que este área de estudio tiene tres elementos característicos, a saber: su carácter subjetivo, que descansa sobre la propia experiencia de persona; su dimensión global, pues incluye una valoración o juicio de todos los aspectos de su vida; y la necesaria inclusión de medidas positivas, ya que su naturaleza va más allá de la mera ausencia de factores negativos, es decir, el bienestar subjetivo en la evolución que la persona hace de su vida.

Veenhoven (1984) afirma que no es más que “el grado en que una persona juzga de un modo general su vida en términos positivos”. Además establece que la persona utiliza dos componentes en esta evaluación, sus pensamientos y sus afectos.

Anderson (1975) lo define como “la reserva del interés de la comunidad en el individuo y la familia”. En general el bienestar es el aspecto más importante, y que se define como estar bien, adaptado, funcional, satisfecho y cómodo.

Anguas (2000) ofrece, por su parte, una clara delimitación del término, describiéndolo como “ la percepción propia, personal, única e íntima que el individuo hace sobre su situación física y psíquica, lo cual no necesariamente coincide con la apreciación concreta y objetiva que se genera de la evaluación que desde el exterior se hace de aquellos indicadores de ambas situaciones”.

Tantas definiciones de un mismo concepto lo hacen complejo de entender, por lo que las diferentes interpretaciones se pueden agrupar en tres categorías, la primera describe el bienestar como la valoración de la persona de su propia vida en términos positivos. La segunda, incide en que los sentimientos o afectos positivos son mayores que los negativos (Diener y Diener, 1995), es decir una persona es más feliz cuando en su vida hay más experiencias afectivas positivas que negativas (Bradburn, 1969). La tercera define el bienestar subjetivo como una virtud o gracia, se contempla más bien como la posesión de una cualidad deseable (Coan, 1977).

La felicidad; ¿Quién no se ha preguntado alguna vez, qué es la felicidad? o ¿cómo conseguirla? la felicidad es un factor que da sentido a nuestra existencia interior, la forma para alcanzarla sin embargo es a través del exterior, con todas las personas que nos rodean y realizando aquellas acciones que nos hagan sentir bien. Todavía prevalece la idea en mucha gente de que la felicidad se encuentra en lo material; si tenemos dinero, fortuna, fama seremos más felices, sin embargo los cálculos de la economía basada en el capital nos dice lo contrario. Ésta se encuentra en lo intangible e incuantificable.

Aunque resulte un campo complejo y bastante subjetivo de definir, la felicidad ha sido reflexionada desde los tiempos más remotos. Aristóteles la trabajó desde la noción de la eudaimonía, es decir, la felicidad como el bien supremo del hombre. En este sentido, la consideraba como aquello que acompaña a la realización del fin propio que se plantea cada ser vivo, y que sobrevive cuando cada individuo realiza la actividad que le sea más propia.

Por otra parte, para filósofos como Sócrates, no existía felicidad sin valores éticos como la virtud. Mientras que para Platón, la felicidad solo es posible en el mundo inteligente, cuando el hombre puede contemplar las esencias de las cosas, y que tiene que ver con el intelecto y el conocimiento, más allá de la ilusión que nos ofrecen nuestros sentimientos.

No obstante, no solo filósofos han intentado de establecer una definición para la felicidad, sino que psicólogos, sociólogos e incluso economistas lo han hecho. Así para Veenhoven (2000) la felicidad consiste en una “valoración propia de la vida en sí misma, al margen de los juicios psicológicos sobre el placer momentáneo, esto es, hace referencia a como el individuo evalúa la calidad global de su vida”. En cambio Argyle (2002) opina que “si bien la felicidad, al igual que la satisfacción, es una apreciación subjetiva de un individuo sobre su propia vida, la primera tiene una carga afectiva relativamente mayor.

Easterlin (1995 y 2001), sin embargo, establece, a modo de simplificación, una identidad entre la felicidad y el bienestar subjetivo revelado o satisfacción expresada. De hecho a través de su estudio empírico en 1974 – y en el cual profundizaremos en el capítulo 3 del presente trabajo- quedó demostrado que incrementos en la prosperidad de una nación no hacen a los individuos que la componen más felices.

En suma, la felicidad es un concepto más exigente e íntimo que el bienestar subjetivo y la satisfacción con la vida. Encontrar un concepto único y completo para definir el término sería una tarea interminable ya que cada persona no solo decide cuáles son los elementos que a su juicio la constituyen, sino que también los pondera de forma particular.

2.2. ANTECEDENTES

Existe un consenso general en que la población de todos los países del mundo quiere escapar de la pobreza y alcanzar niveles satisfactorios de bienestar. Durante mucho tiempo los economistas han dado por supuesto que el incremento de los niveles de renta, el crecimiento económico, es el principal, y casi único elemento para alcanzarlos. El bienestar no atraía el mismo interés que dicho crecimiento, ya que se consideraba que mejoraba conforme los niveles de renta lo hacían, si éstos subían el nivel de felicidad lo hacía también y viceversa. La mayor disponibilidad de bienes y servicios tenía necesariamente que hacer a la gente más feliz.

En las obras de los economistas anteriores al siglo XIX las referencias a la felicidad, tanto a nivel personal como social son numerosas. Es en el siglo XIX cuando la felicidad es sustituida por la utilidad y desaparece del escenario de la ciencia económica. En este contexto los economistas estaban en sintonía con los psicólogos, como por ejemplo William James, razón por la cual el concepto de bienestar se relacionaba en esa época con los placeres del consumo, prevaleciendo la noción de utilidad experimentada, en contraste con la noción de utilidad de la decisión de la economía actual, y que vio en aumento su auge desde principios del siglo XX (Kahneman & Thaler, 1991, p. 341 y 2006, p. 222).

Ya en los años setenta, los psicólogos Brickman y Campbell, en un estudio acerca de la felicidad individual y colectiva, llegaron a la conclusión de que la mejora en la riqueza, en los ingresos y otras circunstancias objetivas del entorno de las personas no producían efectos reales en el bienestar de las mismas (Brickman y Campbell, 1971). Dicho estudio y más en concreto sus resultados, suscitaron numerosos debates que terminaron por influir en dos economistas: Easterlin y Scitovski. Siguiendo y parafraseando a Ansa Eceiza (2008) “es a ellos a quienes se atribuye el hecho de que el interés por la felicidad retorne al ámbito de la ciencia económica. Los resultados de los estudios empíricos de estos economistas utilizando datos proporcionados por las personas acerca de su propia felicidad o bienestar subjetivo condujeron a que se empezara a poner en duda la relevancia de la riqueza como variable explicativa primordial del bienestar (Easterlin, 1974 ; Scitovsky, 1976)”. En base a todos estos estudios y el interés creciente por averiguar qué papel juega la felicidad en la economía de nuevo dos economistas se propusieron estudiar la satisfacción en el trabajo (Hamermesh, 1977 ; Freeman, 1978). En los Países Bajos, Van Praag en 1977

investigo sobre la desigualdad y la percepción que de ésta hacen los individuos y en Londres, Layard (1980) abordó las consecuencias que los resultados de estos estudios empíricos pueden tener en lo concerniente a las recomendaciones en materia de política económica.

Ya en los años 90 destacan los trabajos de autores como Blanchflower, Clark y Oswald, entre otros, han contribuido a que este tipo de estudios se hayan extendido y se valoren en el ámbito de la economía.

En la actualidad todos estos sociólogos, psicólogos, psiquiatras, filósofos, científicos y economistas siguen realizando investigaciones no solo para avanzar más en el estudio del bienestar, sino también para encontrar medidas válidas y confiables sobre la medición de la felicidad.

2.3 LA MEDICION DE LA FELICIDAD

Medir la felicidad se ha convertido en la última tendencia para algunos políticos y empresarios afamados. Independientemente de lo subjetivo que pueda parecer dicha métrica, los avances recientes en su medición podrían ser de gran utilidad.

La felicidad comenzó a medirse de forma sistemática en 1972 en el reino de Bután, donde se inventó el Índice Nacional de Felicidad. Hoy dicho índice es el centro de la política nacional y otros países como Francia pretenden seguir sus pasos.

Hace 35 años, en un aislado reino del Himalaya, el carismático rey Jigme Singye Wangchuck decidió que era más importante la felicidad interior bruta que el producto interior bruto. Hoy Bután es la democracia más joven del mundo y el exótico campo de pruebas de uno de los debates más interesantes del pensamiento económico global. Un debate al que se han apuntado premios Nobel como Joseph E. Stiglitz o Amartya Sen y líderes occidentales como Nicolas Sarkozy o Gordon Brown.

El 2 de junio de 1974, en su discurso de coronación, Jigme Singye Wangchuck dijo: "La felicidad interior bruta es mucho más importante que el producto interior bruto". No fue un mero eslogan. Desde aquel día, la filosofía de la felicidad interior bruta (FIB) ha guiado la política de Bután y su modelo de desarrollo. La idea es que el modo de medir el progreso no debe basarse estrictamente en el flujo de dinero. El verdadero desarrollo de una sociedad, defienden, tiene lugar cuando los avances en lo material y en lo espiritual se complementan y se refuerzan uno a otro. Cada paso de una sociedad debe valorarse en función no sólo de su rendimiento económico, sino de si conduce o no a la felicidad.

El concepto butanés de la felicidad interior bruta se sostiene sobre cuatro pilares, que deben inspirar cada política del Gobierno. Dichos pilares son: un desarrollo socioeconómico sostenible y equitativo, la preservación y promoción de la cultura, la conservación del medio ambiente y el buen gobierno.

Lo que medimos afecta a lo que hacemos. Si nuestros indicadores sólo miden cuánto producimos, nuestras acciones tenderán sólo a producir más. Por eso había que convertir la FIB de una filosofía a un sistema métrico. De tal modo, este pequeño reino pone a nuestra disposición la medición más completa de la felicidad actual (y que se refleja en la figura 1). Dicha métrica cuenta con nueve dimensiones, que son:

- Salud, mide la atención médica y las barreras de ésta, así como la calidad de los servicios de salud, etc.
- Educación, evalúa el aprovechamiento, calidad, escolaridad y nivel de educación.

- Diversidad ambiental, cuantifica el acceso a servicios ambientales y el conocimiento ambiental de la población.
- Nivel de vida, mide los consumos de los hogares y el número de casa propias, entre otros.
- Gobernanza, evalúa la calidad de los servicios públicos, la confianza en las instituciones y los niveles de seguridad, entre otros.
- Bienestar psicológico, se estiman los niveles de estrés, celos, frustración, generosidad y tranquilidad.
- Uso del tiempo, cuantifica el tiempo que dedicamos a dormir, a la participación comunitaria, a la educación, al deporte, al cuidado de los demás, a meditar, etc.
- Vitalidad comunitaria, estima la confianza y apoyo social entre los miembros de una comunidad así como los niveles de seguridad.
- Cultura, evalúa el conocimiento de la cultura propia como el respeto y conocimiento de otras culturas.



Figura 2.1. FNB y sus nueve dimensiones

Fuente: Elaboración propia

Al igual que la felicidad en sí misma, la medición de ésta se trata de un fenómeno interior a cada persona por lo que parece más adecuado medirla con auto-reportes, y si además la felicidad tiene grados, la medición debería reconocer distintos niveles y

no clasificar a las personas simplemente como felices o infelices. El método más frecuente y defendido por la mayoría de precursores es el de hacer cuestionarios a las propias personas con preguntas sencillas y generales para evaluar así la felicidad global, la satisfacción con la vida presente y los afectos positivos y negativos.

De hecho autores como Argyle, Easterlin o Layard, creen en la validez de este sistema para medir de una forma confiable la felicidad en los individuos. La neurofisiología nos ha permitido conocer que se produce una mayor actividad eléctrica en la parte izquierda del cerebro cuando las personas experimentan sentimientos positivos, y mayor en la parte derecha cuando éstos son negativos, lo que confirma el lado objetivo de la felicidad. La validez de las respuestas no solo es fiable de manera científica sino que en muchos casos se ha pedido a amigos o familiares del individuo que respondan a cuestiones relacionadas con la felicidad de éste, obteniéndose puntuaciones que evidencian una alta correlación con las puntuaciones de los propios individuos (Argyle, 1992, p.11 ; Easterlin, 2003, p.11179 ; Layard, 2005, pp. 23-26, 29 y 32).

Van Hoorn (2007) y Veenhoven (2007) apoyan también el uso de reportes autogenerados manifestando que prácticamente no existe diferencia entre lo que las personas expresan y lo que realmente “sienten”, es decir, entre lo que declaran y lo que sus actividades cerebrales objetivas muestran.

Implementar este conjunto de preguntas mínimas para medir la felicidad es barato y eficiente. Permiten también la comparabilidad con datos nacionales e internacionales que abarcan cerca de 150 países. La felicidad global ha sido preguntada, entre otras, en la Encuesta Mundial de Valores (WVS) y la encuesta CEP. La pregunta por la satisfacción con la vida ha sido empleada en encuestas como WVS, Latinobarómetro, British Household Panel Survey (BHPS), German Socio-Economic Panel (GSOEP), CASEN 2011 y Encuesta Nacional UDP. Otras medidas internacionalmente aceptadas incluyen la escalera de la felicidad de Gallup e índices específicos creados por investigadores reconocidos en el área.

A diferencia de éstos, el psicólogo y premio Nobel de economía Daniel Kahneman y el economista Alan Krueger, proponen una alternativa para medir el bienestar. Para ellos el bienestar viene dado por “la fracción del tiempo que las personas pasan en estado placentero”. Por lo tanto para determinar los niveles de bienestar, los academistas sostienen que debemos entender como las personas asignan su tiempo entre las diferentes actividad (trabajo, hogar, entretenimiento, etc.) y que tipo de sentimiento (placer o desagrado) experimentan al realizar cada actividad. Mientras mayor sea el tiempo que dediquen en actividad placenteras, mayor será el nivel de bienestar del individuo.

La diversidad de métodos y opiniones para que la felicidad sea medida ha hecho que organismos internacionales como la OCDE y la ONU apoyen oficialmente la implantación de mediciones del bienestar subjetivo. Además la ONU ha ido más allá, señalando que el PIB es un indicador que no fue diseñado para reflejar la felicidad y el bienestar de la gente y ha adaptado por consenso una resolución titulada “La Felicidad: hacia un enfoque holístico del desarrollo”, en la que “considerando que la búsqueda de la felicidad es una meta y una aspiración humana universal”, está invitando a los países a desarrollar otras formas de medir estos conceptos y a realizar acciones para que la gente se sienta más feliz.

Éstas instituciones se decantan más, aunque sin llegar a imponerlo para que los países midan sus niveles de felicidad, por el llamado Índice de Desarrollo Humano (IDH). El Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) lleva 20 años publicando anualmente este índice con el fin de determinar el nivel de desarrollo que tienen los países en el mundo, pero es necesario añadir que se basa en gran medida en el trabajo del economista Amartya Sen, y su visión de una economía en la que lo central es el ser humano. Es el propulsar del concepto de desarrollo como libertad, en

el que la pobreza y la falta de oportunidades económicas son vistas como un obstáculo en el ejercicio de libertades fundamentales. Desarrollo entonces significa expandir la libertad de los seres humanos.

El IDH fue ideado con el objetivo de conocer, no sólo los ingresos económicos de las personas en un país, sino también para evaluar si el país aporta a sus ciudadanos un ambiente donde puedan desarrollar mejor o peor su proyecto y condiciones de vida. Para esto, el índice tiene en cuenta tres variables: esperanza de vida al nacer (salud) analizando el promedio de edad de las personas fallecidas en un año utilizando un valor mínimo de 20 y un valor máximo de 83.57; educación estimando el nivel de alfabetización adulta y el nivel de estudios alcanzado; PIB per cápita, a paridad de poder adquisitivo, que considera el PIB y evalúa el acceso a los recursos económicos necesarios para que las personas pueden tener un nivel de vida decente.

Aporta valores entre 0 y 1, siendo 0 la calificación más baja y 1 la más alta, así que la PNUD en sus informes clasifica a los países en tres grandes grupos: países con alto desarrollo humano (IDH mayor de 0,80); países con medio desarrollo humano (IDH entre 0,50 y 0,80); y países con bajo desarrollo humano (IDH menor a 0,50). Y su fórmula de cálculo es la siguiente:

$$\text{IDH} = \frac{1}{3}(\text{IEV}) + \frac{1}{3}(\text{IE}) + \frac{1}{3}(\text{IPIB})$$

La siguiente figura es un ejemplo además de una visión global del desarrollo humano en el mundo.

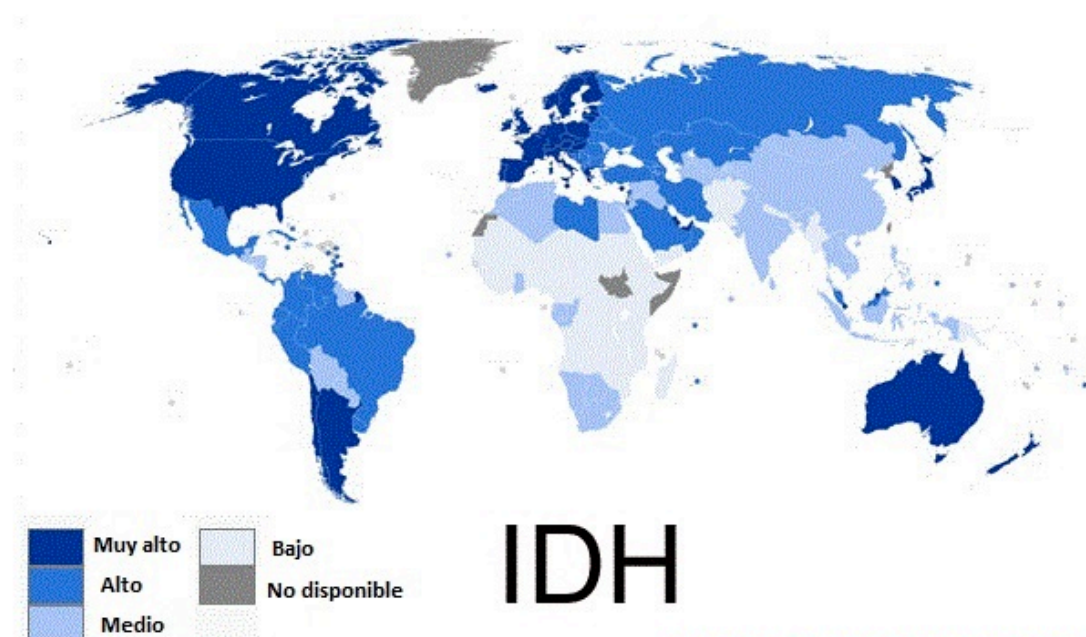


Figura 2.2. Mapa comparación del IDH entre países del mundo.

Fuente: Elaboración propia a partir del Informe sobre Desarrollo Humano, 2013 publicado por la PNUD.

En esta clasificación España ocupa el vigésimo tercer puesto, manteniendo la plaza ocupada en la anterior clasificación con un nivel del 88,5%, quedándose lejos de los niveles de los países que ocupan las primeras posiciones: Noruega (95,5%), Australia (93,8%) y EEUU (93,7%). Lo cual demuestra el largo camino que le queda aún por recorrer en aspectos tan importantes como la salud, la educación y el nivel de capacidad adquisitiva de su población.

CAPÍTULO 3

LA PARADOJA DE EASTERLIN

Como ya mencionábamos en el capítulo anterior, durante mucho tiempo los economistas han dado por supuesto que el incremento de los niveles de renta, el crecimiento económico, es la principal, y casi única condición para alcanzar niveles satisfactorios de bienestar. La mayor disponibilidad de bienes y servicios tenía necesariamente que hacer a la gente más feliz.

En 1974, Richard Easterlin, fue pionero y se dedicó a analizar lo que había de verdad en esta sabiduría convencional. Estudió la relación existente entre renta y felicidad, trabajando con series de EEUU desde 1946 a 1970, y publicó el llamado artículo "Does Economic Growth Improve the Human Lot? Some Empirical Evidence". Los datos no mostraban ninguna tendencia definida, ni al alza ni a la baja, el nivel medio de felicidad que la gente decía poseer, no varió prácticamente. Esto sucede porque, como descubriera después Daniel Kahneman, existe en las personas lo que se llama "el umbral de la riqueza", que remarca que la felicidad no es directamente proporcional a mayor cantidad de dinero. A partir de cierto número, tener más dinero no lo hace a uno más feliz, si ya están cubiertas las necesidades básicas. Easterlin utilizó para su estudio informes directos, las contestaciones de las personas a preguntas acerca de su nivel de felicidad. Usó dos tipos de datos. Por un lado, las respuestas a la pregunta general "¿Cuán feliz diría usted que es?". El juicio de las personas acerca de su propio bienestar ha de considerarse como la mejor medida del mismo. Por otro, utilizó los datos de la Escala de Auto Atribución, de Cantril (1965). Esta escala depende de un contínuum, definido por el propio individuo, entre el 'peor' nivel de la variable (0) y el 'mejor' (10). Todos estos datos muestran que la relación entre ingreso y felicidad es robusta. También se extrae, aunque de forma menos contundente, que los jóvenes son más felices que los mayores, los casados que los no casados, y que en general, los blancos más felices que los negros.

Este inesperado resultado fue el que dio lugar al creciente interés de los economistas, especialmente, y de los no economistas, en esta cuestión de la satisfacción con la vida. Muchos son los que comenzaron a estudiarlo, entre los que puede citarse a Diener (1984, 1999), Oswald (1997), Blanchflower (2001 y 2004), Veenhoven (1991, 1993), Inglehart (1990) y Easterlin de nuevo (2001). Todos ellos coinciden en la idea de que el bienestar no solo depende del aumento de los ingresos. Es a esto a lo que se le denominó "Paradoja de Easterlin".

Easterlin, al igual que los anteriores, quiso dar una explicación a dichos resultados y lo hizo basándose en Duesenberry (1952) y su "ingreso relativo". Siguiéndole, la utilidad de cada persona depende de la relación entre su gasto presente y el del resto de la población. Si el gasto de las demás personas no se modifica, la utilidad del individuo se incrementa conforme lo hace su renta. Cuando el PIB por persona crece, la utilidad que se deriva del gasto de cada individuo también lo hace, pero el incremento del gasto de los demás reduce su propia utilidad. En el caso general, el crecimiento del ingreso no lleva aparejado un incremento de la utilidad. A esto se le llama la "norma de consumo", el nivel de gasto actúa como punto común de referencia. Niveles de consumo por debajo de la norma hacen que el individuo se sienta desgraciado, o al menos no feliz, mientras que si su nivel de consumo está por encima de la norma se siente más feliz.

La evidencia que soporta esta hipótesis es bastante amplia. Además de su aceptación teórica en sociología, ciencias políticas y psicología social, los datos

muestran (Smolenski 1965) que el presupuesto que los hogares estiman cómo mínimo para considerarse en una situación confortable es, desde comienzos del siglo XX el 50% del PIB por persona, aunque el mismo se ha incrementado mucho. Las personas con menores ingresos manifiestan que estarían satisfechos si consiguieran cubrir unas mínimas necesidades. Las personas con ingresos más elevados no se preocupan por eso, ya que lo consideran garantizado, y apuntan que el criterio correcto para considerarse a sí mismo satisfechos es la disponibilidad para ellos y sus familias de bienes de alta elasticidad de renta.

Easterlin (1995) analizó esta relación de otra manera. Con datos de un conjunto de países, entre los que había pobres y ricos, vio que había una correlación positiva entre renta y felicidad cuando se hacía un estudio de sección cruzada. Pero esta correlación desaparecía cuando el análisis se fijaba en los niveles de felicidad y renta a lo largo del tiempo.

Sin embargo, como señalan Clark y Senik (2010) : “la relación de largo plazo entre crecimiento del PIB y bienestar subjetivo es todavía controvertida y está lejos de haber sido firmemente establecida”. A continuación se intentará explicar de una manera clara y sencilla este tipo de relación entre felicidad e ingresos y PIB.

3.1. FELICIDAD E INGRESOS

Desde una perspectiva puramente económica, la relación de la felicidad con la renta y el crecimiento económico, la evidencia empírica, en general, sugiere una pérdida de significatividad por parte de éstos como variables determinantes de la felicidad.

Aunque pueda parecer más o menos evidente que el dinero no da la felicidad, el análisis económico tiende a asumir el axioma de la no saturación, que en su formulación más simple consiste en afirmar que siempre hay un bien para el que es preferible tener más que menos. Sin embargo, los estudios realizados para un amplio conjunto de países arrojan resultados un tanto contra-intuitivos.

En esta línea, Layard (2005) pone de manifiesto que aunque existe una tendencia a que los países más ricos tengan índices de felicidad más altos ($R^2 = 0.72$), es posible identificar un numeroso conjunto de países (México, Brasil, etc.) con renta per cápita más baja que se sitúan por encima de otros con rentas superiores. La mejora del nivel de renta genera mayor felicidad cuando se parte de un nivel de renta muy bajo, pero mucho menor cuando se han alcanzado niveles más elevados. A este respecto, la UNAM realizó la Encuesta Nacional sobre Satisfacción Subjetiva con la Vida y la Sociedad, en el que se concluyó que para el individuo mexicano, la felicidad se logra por medio de la familia y no del dinero. Uno de los resultados obtenidos fue el siguiente:



Figura 3.1. Diagrama de barras. Satisfacción con la vida por ingreso.

Fuente: Resultado de Encuesta Nacional de Satisfacción Subjetiva con la vida y la Sociedad, por la UNAM, y elaboración propia.

Por un lado, parece existir un umbral de renta a partir del cual la utilidad (como indicador aproximado de la felicidad) de cada incremento del nivel de renta tiende a ser una función decreciente del mismo. Por otro, conforme aumenta el nivel de renta, el nivel de renta relativa deviene crecientemente más importante para la felicidad que el nivel de renta absoluta. Si la mayor parte de la población tiene una renta elevada, aquellos que ya la han alcanzado suelen ser tanto más infelices cuanto mayor es la renta de sus vecinos y amigos respecto a la suya. Además, buena parte de los bienes de consumo que desean poseer las personas más ricas es “posicional” o de status, es decir, que sólo pueden realmente disfrutarse si los demás no pueden hacerlo, alcanzándose un juego de suma cero ya que llega un momento en que un coche rápido y una buena casa no es suficiente, hace falta que sea el más rápido y la más lujosa, que otros, con menores ingresos no pueden abordar (Duesenberry, 1952). Además si los ingresos generales se incrementan a la par, nuestra felicidad ascendería, pero sólo dos tercios de lo que lo hubiese hecho si sólo se incrementa nuestra renta (Layard, 2005).

La distribución de la renta es otro tema que, afecta y en gran medida a la felicidad. Cuanto mayor es la desigualdad de la distribución de la renta en un país, mayor es el grado de infelicidad e insatisfacción de los menos favorecidos y, de seguir aumentando, su cohesión social va reduciéndose hasta que, finalmente, afecta negativamente a su tasa de crecimiento. Esto es, a partir de ciertos niveles de renta no parece tanto que el mayor crecimiento económico puede producir felicidad, sino más bien que la mayor felicidad puede producir crecimiento económico. Así, de manera gráfica se aprecia que alcanzado las necesidades básicas, la felicidad e ingreso no crecen de manera proporcional, tendiendo incluso al no crecimiento de la felicidad conforme aumentan los ingresos.

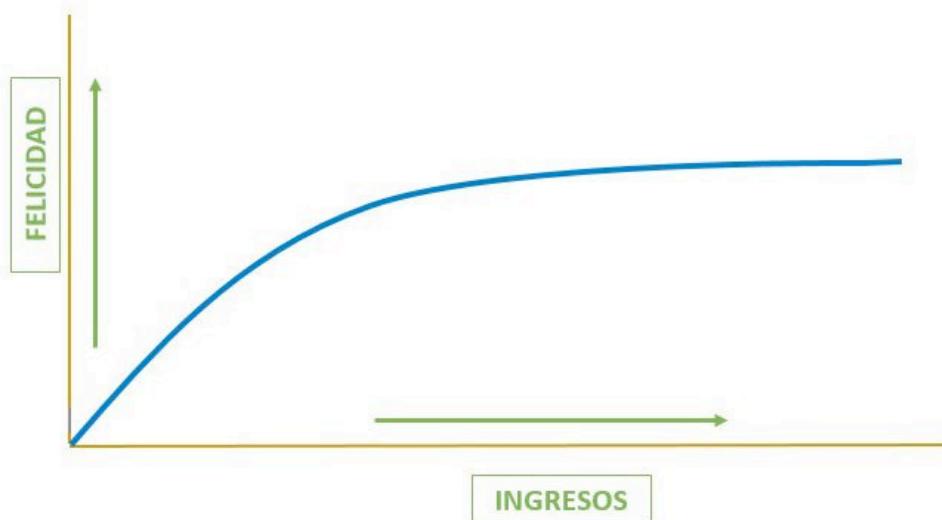


Figura 3.2. Gráfico sobre la relación felicidad-ingresos

Fuente: Elaboración propia a partir del estudio de Easterlin (1974)

Así, tal y como señala Easterlin, aunque en el corto plazo los que poseen más ingresos son más felices, si consideramos el ciclo vital en su conjunto, la felicidad media de un grupo permanece constante, aunque exista un incremento notable en su nivel de ingresos (Easterlin, 2001). Los individuos una vez alcanzados sus objetivos,

modifican al alza sus aspiraciones para retornar nuevamente a las posiciones de partida en cuanto a nivel de satisfacción, esto es básicamente que a medida que aumentan los logros del individuo también lo hacen sus aspiraciones, con lo cual el nivel de satisfacción se mantendría inalterado (noria hedónica).

Inglehart (1996), por su parte, ha avanzado como explicación de esta relación felicidad-ingresos la hipótesis de que las sociedades que presentan esta paradoja están en una fase de transición entre dos visiones del mundo: la materialista y la postmaterialista. Detrás de esta sustitución en los sistemas de valores estaría la combinación de elevadas tasas de crecimiento y los notables progresos en el Estado del Bienestar. El crecer con la conciencia de que la supervivencia está garantizada se traduce en una sensación de seguridad existencial que, unida a la disposición de mayores niveles de renta, constituye la variable clave a la hora de explicar la emergencia del postmaterialismo que se ha ido observando desde los años setenta del siglo pasado, cuando se incorporan a la edad adulta las primeras generaciones que vivieron estos contextos.

En una línea similar, Hirschman (1982) sugiere la idea de la existencia de una ciclo generacional. La generación siguiente asume como naturales los niveles de bienestar y logros materiales de la precedente, por consiguiente las aspiraciones surgen en otros ámbitos.

Al margen de las dificultades de contrastación de las diferentes hipótesis, lo que sí puede afirmarse es la decreciente capacidad de la renta en términos agregados para proporcionar mayores cotas de bienestar. De ahí que la máxima, de que la felicidad parece guardar más relación con desear lo que se tiene que con obtener lo que se desea tome sentido.

3.2. REFLEXIÓN DE EASTERLIN SOBRE EL PIB Y LA FELICIDAD

Desde la segunda guerra mundial se dice que un nación es rica si produce y vende, si sus intercambios económicos son importantes: el bienestar es entonces, a todos los efectos económico y material y por lo tanto sólo es posible gracias al crecimiento económico. Se creó así el Producto Interior Bruto (PIB) convirtiéndose en el indicador internacional y ampliamente aceptado por la mayoría de los gobiernos para medir el bienestar.

Desde sus inicios, el PIB fue diseñado principalmente como herramienta para cuantificar la producción de una economía. Simon Kuznets, a quien se le atribuye la creación del PIB, mencionó al presentar el indicador en 1935 que para medir el bienestar económico de una nación se necesita determinar la distribución de los ingresos personales. Adicionalmente, señaló años más tarde que existe una diferencia entre cantidad y calidad del crecimiento económico. Por lo tanto, se ha deducido que incluso para Kuznets este indicador era más bien un conglomerado de estimados aproximados y no una medida excepcional y precisa.

La principal crítica a la medición del a través del PIB, es que el indicador no permite evaluar el desarrollo de forma integral. En ese sentido, el PIB es una herramienta válida para valorar el bienestar económico en términos monetarios, pero es también un débil reflejo del bienestar de una sociedad, pues dice muy poco sobre el impacto social y ambiental de las políticas públicas y por ende sobre la calidad de vida. Es por ello que diariamente es objeto de numerosas críticas, y resaltan carencias tales como: evita por completo la cuestión de su contenido cualitativo; contabiliza como contribución positiva todo aquello que tiene un valor agregado en la economía de una nación, incluyendo los gastos que sirven esencialmente a reparar los estragos provocados por las actividades humanas de producción o de consumo (contaminación, accidentes,...); no incluye numerosas actividades y recursos que contribuyen al bienestar; es indiferente a la distribución de la riqueza, etc.

Japón es un claro ejemplo de que incrementar el PIB no conlleva aparejada un aumento de la felicidad en la población. Como se ve en el siguiente gráfico, los individuos mantienen los mismos niveles de satisfacción con la vida, aun habiendo experimentado la nación un fuerte crecimiento del PIB.

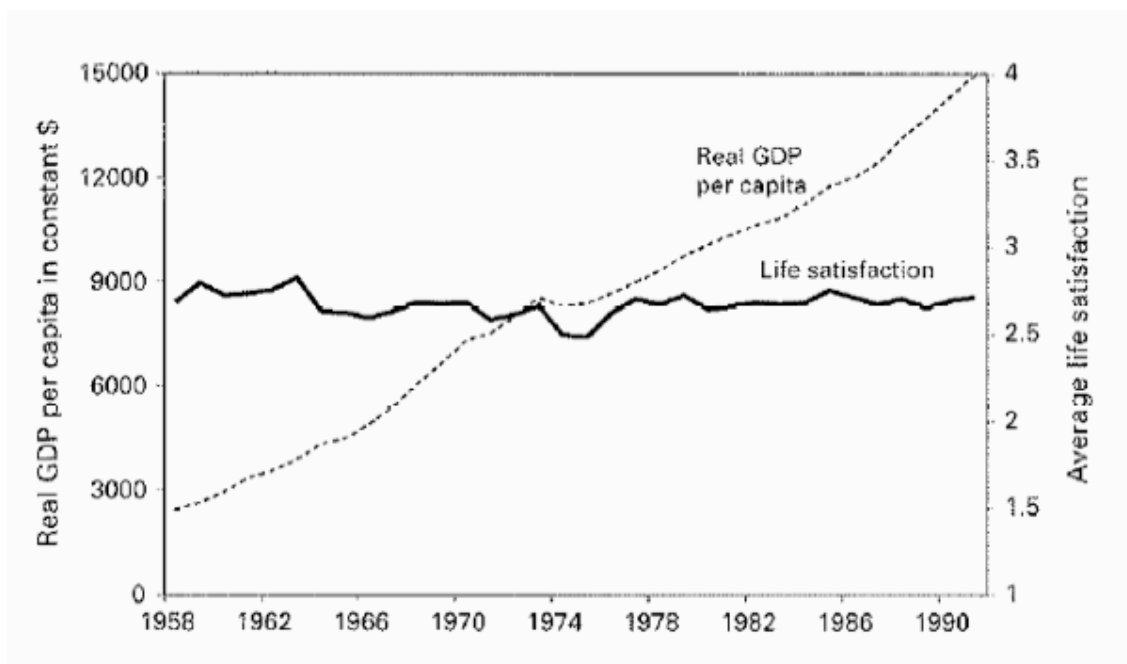


Figura 3.3. Satisfacción con la vida y Real GDP per- cápita en Japón.

Fuente: Frey y Stutzer 2002.

No obstante, el PIB es un indicador estándar que es reiterado trimestre a trimestre por los gobiernos como símbolo de éxito y progreso. Pero...¿qué nos dice realmente el PIB acerca de la felicidad? ¿Por qué en algunos países mientras mayor es el PIB per cápita mayor es la desigualdad y la insatisfacción con la vida?

Las respuestas a estas preguntas las podemos encontrar en el postulado del economista Easterlin. La paradoja de Easterlin, ya explicada anteriormente, pone en duda la teoría comúnmente aceptada de que a mayores ingresos mayor felicidad. En el corto plazo y en un momento determinado los individuos más ricos son más felices que los pobres, pero la felicidad de la sociedad no incrementa aunque su nivel de riqueza crezca. Las razones, se presumen más bien psicológicas. Los individuos tienden a compararse con los demás. La gente es más feliz cuando está más arriba en la escala social o tienen mayores ingresos que los demás, pero cuando aumentan la riqueza de todos o la mayor parte de los habitantes, el parámetro "felicidad" se mantiene constante. Así pues en el momento que un individuo dispone de mayores recursos económicos que la gente de su entorno, al compararse va a sentir una sensación de superioridad y de felicidad. Pero si la gente de tu entorno, con que te comparas puede permitirse lo mismo que tú, tu felicidad se va a mantener constante.

Otra de la razón evidente es que aunque incremente el PIB, la riqueza no se reparte por igual, de manera que generalmente, los que son más ricos ahora son los que ya lo eran anteriormente. Una tercera es la influencia negativa que tienen otros factores sociales y ambientales (inseguridad, desconfianza en el gobierno, contaminación, enfermedades) sobre la felicidad de los habitantes. Y por último cabe tener en cuenta la adaptación: llega un momento en que las personas se adaptan a su nuevo nivel de ingresos y aunque en un principio pueden experimentar un salto en la felicidad, con el tiempo pueden volver a los niveles anteriores.

Parece ser que una vez están cubiertas las necesidades básicas de la mayor parte de la población, el PIB poco nos dice sobre la felicidad y por extensión, de la calidad de vida de los habitantes. Así pues, comparando entre unos países y otros podemos ver que la felicidad no se reparte acorde a sus niveles de riqueza en términos monetarios puesto que existen muchos otros factores que influyen en nuestro bienestar (salud, seguridad, educación, condiciones laborales, .) aparte de la renta per cápita.

Una buena manera de reflejar lo anteriormente comentado es la siguiente tabla comparativa. En ella se pretende mostrar que los países con más crecimiento económico, no son los más felices. De hecho, sólo dos de los países situados en el top 15 del PIB, Canadá y Australia, están también en los quince primeros puestos del índice de la felicidad.

Comparativa Ranking de PIB y de The Happy Planet Index (2014)				
	PAIS	PIB (USD, mil.)	PAIS	THPI
1	EEUU	17.528	Dinamarca	7.693
2	China	10.028	Noruega	7.655
3	Japón	4.846	Suiza	7.650
4	Alemania	3.876	Holanda	7.512
5	Francia	2.886	Suecia	7.480
6	Reino Unido	2.828	Canadá	7.477
7	Brasil	2.216	Finlandia	7.389
8	Italia	2.171	Austria	7.369
9	Rusia	2.092	Islandia	7.355
10	India	1.996	Australia	7.350
11	Canadá	1.796	Israel	7.301
12	Australia	1.436	Costa Rica	7.257
13	España	1.415	Nueva Zelanda	7.221
14	Corea	1.308	Emiratos Árabes	7.144
15	México	1.288	Panamá	7.143

Tabla 3.1. Comparativa Ranking de PIB y The Happy Planet Index (2014)

Fuente: elaboración propia a partir de los rankings sobre PIB y The Happy Planet Index (2014)

A pesar de todo, ¿por qué se sigue utilizando el PIB como índice de bienestar, aun habiendo probado que no nos dice nada sobre la felicidad de la población? Muchos creen que el problema se encuentra en la forma en que hemos entendido y por consiguiente medido el “progreso”. En el sistema actual el crecimiento económico se ha convertido en el único objetivo sin importar el coste social y ambiental que tengamos que pagar por ello, y donde el aumento del PIB ha sido su único guión, mientras que el ser humano y el medio ambiente han pasado a segundo plano.

CAPITULO 4

FELICIDAD Y ECONOMIA DEL DESARROLLO

De acuerdo con lo anterior, es conveniente que se planteen alternativas al enfoque tradicional de la Economía del Desarrollo. Ésta se creó para generar el bienestar de las personas, sin embargo se le ha dado durante décadas un enfoque equivocado, pues como ya comentábamos en capítulos precedentes, el bienestar de la sociedad estaba asociado casi única y exclusivamente al aspecto económico. En la actualidad esta controversia está cambiando, entendiéndose el desarrollo más como generar el mayor nivel de felicidad general que generar mayor crecimiento económico. Esto hace que la Economía de la Felicidad sea una disciplina que juega un papel importante a la hora de conseguir dicho desarrollo, por ello la felicidad es un hecho determinante en el nuevo enfoque de la Economía del Desarrollo.

En el presente capítulo intentaremos explicar porque la felicidad ha pasado a ser el objetivo primordial del desarrollo y el aporte de ésta a la Economía del Desarrollo.

4.1. INDICADORES TRADICIONALES COMO INDICADORES PARCIALES DE LA FELICIDAD

La Economía del desarrollo surge en torno a los años 40, con el objetivo de conseguir que los países subdesarrollados obtengan niveles de crecimiento económico similares al de los países con mayores cotas de PIB. Por este motivo se asoció desarrollo con crecimiento económico, a mayor riqueza económica mayor desarrollo del país. Surgieron así los indicadores tradicionales, entre los que destaca como uno de los más importantes el PIB. Éstos miden, y permiten comparaciones entre países, aspectos puramente monetarios olvidándose de factores relevantes como pueden ser los costes medioambientales o la desigualdad.

Los indicadores permiten entender la realidad y analizarla, requisito imprescindible para tomar medidas para intervenir en un sentido u otro. Pero debe tenerse en cuenta, sin embargo, que los indicadores muestran la realidad de acuerdo con los parámetros utilizados, si éstos no detectan las preferencias, necesidades y prioridades de los ciudadanos resulta vano los resultados obtenidos.

Los nuevos indicadores que han ido surgiendo como alternativa al PIB para medir la felicidad, se les conoce como “indicadores de bienestar” y tratan de capturar de manera adecuada el estado de situación de una serie de factores que participan o determinan la calidad de vida de las personas y que hacen que su experiencia posea todos aquellos elementos que dan lugar a la tranquilidad y satisfacción humana. En contraposición con los indicadores tradicionales que consideran erróneamente que todas las unidades monetarias tienen el mismo valor para la felicidad en diferente personas; olvidan que la jornada laboral no es la misma en todas los países; no contemplan adecuadamente las externalidades (positivas ni negativas); ni el ocio (Layard, 2005, pp.138-140); ni en general, las satisfacciones no económicas y que al fin y al cabo resultan tener más peso y ser más importantes para la felicidad de la gente que las económicas (Diener y Seligman, 2004, p.21).

Por ello concluimos que el bienestar de los individuos tiene infinidad de determinantes tanto económicos (ingresos, riqueza, trabajo, vivienda,..) como no económicos (salud, educación, seguridad, bienestar subjetivo,...) y por ello los

indicadores tradicionales al medir sólo la parte formada por aspectos materiales, es considerado como indicadores parciales de la felicidad, quedando así pendiente la medición de la parte no material y que complementarían de una manera sólida a los indicadores tradicionales.

4.2. LA LIBERTAD COMO CONDICIÓN NECESARIA PARA LA CAPACIDAD DE SER FELIZ

“El conjunto de capacidades de una persona se puede definir como el conjunto de vectores de realización a su alcance (...) Esto tiene el efecto de permitir tener en cuenta las libertades positivas que una persona tiene en un sentido general (la libertad “para hacer esto” o “ser aquello”). Además el conjunto de capacidades determina la existencia de elecciones genuinas para los individuos y por tanto definen la libertad para conseguir bienestar y, más que eso, determinan la libertad de ser agente, que se refiere a lo que la persona es libre de hacer y conseguir en la búsqueda de cualesquiera metas o valores que considere importantes” (Sen, 1998). Es una libertad no condicionada al objetivo de la consecución de bienestar, sino, más bien de hacer con base en su concepción del bien.

El desarrollo debe entenderse entonces como un proceso de expansión de las libertades reales que disfrutan los individuos y como ampliación de la libertad de elección de las personas. En su ensayo “El bienestar, la condición de ser agente y la libertad” al señalar el papel de la libertad en el proceso de desarrollo, Sen indica: “en este sentido se considera que la expansión de la libertad es 1) el fin primordial y 2) el medio principal del desarrollo. Podemos llamarlos, respectivamente, “papel constitutivo” y “papel instrumental” de la libertad del desarrollo” (Sen, 2000). El papel constitutivo de la libertad está relacionado con la importancia que las libertades fundamentales tienen para el enriquecimiento de la vida humana, mientras que el papel instrumental de la libertad se refiere a la forma en que contribuyen los diferentes tipos de derecho y oportunidades a expandir la libertad del hombre en general y por lo tanto a fomentar el desarrollo.

Según Sen (2000, p.57) existen cinco tipos de libertades muy importantes que debemos identificar: las libertades políticas, los servicios económicos, las oportunidades sociales, las garantías de transparencia y la seguridad protectora; y deberían estar cubiertas para la totalidad de la población.

La eficacia de la libertad como instrumento reside en el hecho de que los diferentes tipos de libertades están interrelacionados y un tipo puede contribuir a aumentar otros, por ejemplo, el aumento del crecimiento económico tiene que juzgarse no sólo en función del aumento de la renta privada sino en función de la expansión de los servicios sociales.

Lo que se busca es la capacidad para vivir mucho y bien, y no para vivir una vida de miseria y privación de libertad. Es cierto que por norma renta y riqueza son medios de uso para tener más libertad con la que poder llevar a cabo el tipo de vida que queremos, pero el desarrollo tiene que ocuparse más de mejorar la vida que llevamos y las oportunidades que disfrutamos.

Así, el concepto de desarrollo humano, plantea tres aspectos fundamentales: primero, la expansión del ingreso es un medio, no un fin en sí mismo; segundo, el desarrollo se sustenta en la formación de las capacidades humanas que posibilitan a los individuos convertirse en agentes; y tercero, el desarrollo se manifiesta en las oportunidades que las personas tienen para hacer uso de las capacidades adquiridas.

Es en este sentido que la felicidad requiere de la libertad, porque precisamente la libertad permite a los individuos desarrollar las capacidades necesarias para vivir la vida que tienen razones para valorar y para aumentar las opciones reales entre las que pueden elegir y, por lo tanto, para alcanzar las satisfacciones requeridas para ser felices, lo que exige equidad en las oportunidades reales que tiene la gente para

alcanzar este fin último, a partir de las dotaciones o titularidades que cada quien posee (Sen, 1983, p. 1117, 2000, pp.99 y 353).

4.3. LA FELICIDAD COMO FIN ÚLTIMO DEL DESARROLLO

Muchos son los que identifican la felicidad con el placer (corriente hedonista), sin embargo, ya en la antigüedad existía otra corriente denominada eudemonismo y que a día de hoy se está comenzando a retomar. Ésta relaciona más la felicidad con la bondad, con el bien. Es feliz el hombre bueno; y el hombre bueno es aquel que actúa virtuosamente. Según Aristóteles el fin del hombre será aquella actividad que le es propia al ser humano. Todas las actividades humanas buscan alcanzar un “bien” concreto, este bien es también un medio para alcanzar un fin superior que es aun mejor. Entonces, el fin último al que tienden todas nuestras acciones y el mayor bien al que puede aspirar el ser humano es la consecución de la felicidad. Además como fin último, la felicidad ha de tener valor por sí misma y no depender de factores externos, y ser la variable a las que las demás cosas se orientan (incluidos el dinero, la salud, la libertad, etc.).

Alcanzar la felicidad es probablemente la mayor aspiración que ha tenido el ser humano en toda su existencia, todos deseamos por encima de cualquier cosa, tener una vida feliz. Tal es así que, la mejor definición que -quizás- se haya dado nunca de inteligencia es aquella que establece: “la inteligencia no es otra cosa que nuestra capacidad para ser felices”.

Sería lógico pensar, entonces, que si la felicidad es el fin último de los individuos y éstos forma la sociedad en sí misma, el objetivo último de la economía y de la política de cualquier país debería ser el trabajar en pro de la felicidad de sus habitantes. Tal y como sostiene Richard Layard en su libro *La felicidad: lecciones de una nueva ciencia*, el progreso de la felicidad nacional debería considerarse un objetivo político, siendo estudiado y evaluado tan concienzudamente como el crecimiento del PIB. Facilitar un estilo de vida favorable al desarrollo de esta capacidad para ser feliz debe ser, por tanto, el verdadero papel del Estado y del mercado y, en general, de todas las instituciones creadas por el mismo ser humano.

El Estado debe actuar en concordancia, no solamente corrigiendo las limitaciones del mercado, sino también creando oportunidades sociales básicas para conseguir la equidad y la justicia social, promoviendo y defendiendo la libertad, la confianza, la solidaridad, la cooperación, la convivencia pacífica, la seguridad y la participación de todas las personas en las decisiones de política pública que las afectan, haciendo siempre un análisis costo beneficio para tomar e implementar estas decisiones, pero en función del deber de generar la mayor felicidad general (Layard, 2005, pp.133-137).

Los defensores del bienestar subjetivo como evaluador último del devenir socioeconómico presentan dos líneas argumentales destacables: 1) critican la figura del evaluador externo que reduce el desarrollo al crecimiento de una selección arbitraria de variables objetivas porque consideran que dicha selección será siempre imperfecta dado que el bienestar de cada individuo viene determinado por factores distintos, y 2) entienden que la sensación de felicidad o satisfacción constituye una señal biológica de correcta adaptación al medio en la que se puede confiar como indicador de progreso.

El Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) adopta una perspectiva en este tema demasiado teleológica y lineal, pues señala que el desarrollo conduce de un estado de carencia a uno de abundancia, y no siempre ese camino conduce automáticamente a una mayor felicidad (Schimmel, 2009). Por ello es necesario incorporar de manera imperiosa un indicador de felicidad en los análisis de

desarrollo del PNUD, identificando así las dimensiones más relevantes en el proceso de desarrollo.

A esta crítica se unen también Heylighen y Bernheim (2000) y Veenhoven (2005). Los primeros van más allá que Schimmel, pues no plantean la variable felicidad como un complemento a indicadores objetivos de desarrollo, sino que reducen éste a esa valoración subjetiva. Veenhoven, por su parte, cree que esta perspectiva conduce a una confusión de conceptos de preferencia y oportunidad. Los investigadores deben centrar la atención en lo que potencialmente se podría tener y no en lo que realmente se tenemos, de ahí que la investigación debe poner su punto de mira en variables fin, el nivel de satisfacción es la mejor opción para el autor, y no en variables instrumentales como la renta.

El bienestar experimentado por las personas constituye un fin último, esto es, los individuos aspiran a experimentar mayor bienestar como fin en sí mismo y no como un medio. Variables como la adquisición de una casa, tener empleo u obtener ingresos se consideran fines intermedios, ya que se aspira a ellos como instrumentos para acceder a dicho fin último.

La apreciación que de sus vidas hacen las personas les es de gran utilidad para la toma de sus más importantes decisiones de vida; esta información es, en sí misma, de relevancia para la evolución de los esquemas de organización social y del desempeño de las sociedades. Como tal, el bienestar subjetivo supone un ingrediente fundamental en cualquier apreciación del progreso de las sociedades (Rojas, 2009).

4.4. ¿QUÉ APORTA LA ECONOMÍA DE LA FELICIDAD A LA ECONOMÍA DEL DESARROLLO?

La felicidad es un concepto esencial a la hora de motivar las acciones emprendidas por los seres humanos. A lo largo de la historia, la felicidad ha sido para algunas culturas el telos o finalidad de sus vidas. En los últimos años, la ciencia, sobre todo en las ramas de la psicología, la economía y la sociología, se ha preocupado de estudiarla, principalmente a la hora de identificar cuales era las causas que hacían a la gente feliz o infeliz.

Son muchos estudios científicos que se han elaborado para estudiar la felicidad y lo que la motiva, destacando algunas propuestas de recomendación política que ponen el bienestar subjetivo de las personas en el centro del debate (Stiglitz et. al. 2009; Jackson, 2009). Los análisis de felicidad desde un punto de vista económico consisten en preguntar a los individuos sobre su grado de felicidad, cuantificarlo, y buscar los factores que provocan que este grado suba o baje. Así surge toda una rama científica llamada Economía de la Felicidad, que se encarga de sacar conclusiones y recomendaciones sobre estos factores, siendo objetivo de ésta relacionar variables objetivas con variables subjetivas.

En este sentido, al cambiarse la manera de entender el desarrollo la Economía de la Felicidad juega un papel importante para conseguir dicho desarrollo. Se intuye un consenso general sobre la necesidad de integrar el bienestar subjetivo en la evaluación del desarrollo humano (Bonini 2008; Eckersley, 2009; D'Acci, 2011).

Los que apuestan por el enfoque de la felicidad sostienen que es equivocado equiparar desarrollo con progreso económico, pues es indudablemente más fácil medir lo que se tiene pero esta perspectiva olvida que la idea de progreso implica una valoración, y la cuestión de valor es intrínsecamente subjetiva. Por ello, la corriente convencional rompe con la relación entre desarrollo y bienestar subjetivo (Schimmel, 2009; Heylighen y Bernheim, 2000; Veenhoven, 2005).

Se destacan pues dos aportaciones del enfoque de la felicidad al estudio del desarrollo: 1) incorpora un importante objetivo del desarrollo: la felicidad de los individuos; y 2) permite mejorar nuestro conocimiento del resto de dimensiones de desarrollo y mejorar el diseño de las políticas públicas a través del estudio de los determinantes de la felicidad.

Una prueba del consenso general sobre la importancia de los aspectos subjetivos es el hecho de que en el Informe sobre el Desarrollo Humano de 2010 se hayan incorporado por primera vez indicadores de bienestar subjetivo, además de que países como Francia o Reino Unido están llevando a cabo investigaciones y políticas para conseguir el desarrollo por medio de la medición de la felicidad.

No obstante, el enfoque de la felicidad recibe numerosas críticas, ya que para algunos tiene determinadas limitaciones. Sen (2000) analizó su propio enfoque alternativo de las capacidades y descubrió: indiferencia hacia la libertad cuando no reporta felicidad; y el bienestar subjetivo está sujeto a la adaptación y condicionamiento mental, lo que hace que los niveles de felicidad de dos individuos no sean comparables. Estas dos restricciones se reducen a un mismo principio: el bienestar subjetivo de los individuos depende de su sistema de valores, y éste es diferente para cada persona.

A pesar de estas reticencias a aceptar indicadores subjetivos para evaluar el desarrollo, Veenhoven (2005) resume en uno de sus trabajos una idea común a favor de estos indicadores: “La felicidad ofrece en un sola medida toda la información relevante de manera óptima, o al menos mejor que cualquier medida de resumen que pudiera concebir un investigador”.

4.5. EL MAPA MUNDIAL DE LA FELICIDAD (relacionarlo con el mapa del PIB per cápita en el mundo)

Adrian White, un psicólogo social, de la Universidad de Leicester ha elaborado, junto con su equipo, el primer mapa que refleja la felicidad en el mundo.

Para la elaboración de este impactante mapamundi, el psicólogo británico ha analizado los datos publicados por la UNESCO (organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura), la CIA (Agencia Central de Inteligencia, Americana), The New Economics Foundation (G7), la OMS (Organización Mundial de la Salud), Veenhoven Database (sociólogo holandés), Latinbarometer (Barómetro Latino), Afrobarometer (Barómetro Africano), Encuesta Mundial de Gallup, y el UNHDR (Programa de Desarrollo de Naciones Unidas); creando, con esta información, una proyección global referente al bienestar y elaborando así, el primer Mapa Mundial sobre la Felicidad.

A los participantes en este estudio se les han hecho preguntas relacionadas con su felicidad y la satisfacción con sus propias vidas, además, el mega estudio está basado en otros 100 investigaciones realizadas con anterioridad y en los que se encuestaron entorno a 80.000 personas de todo el mundo.

Cuantificar la felicidad no es tarea fácil, incluso parece hasta imposible, ya que es muy subjetiva, pero los baremos utilizados son bastantes fiables, pues se basan en la medición del bienestar, nivel económico, acceso a la educación y atención sanitaria de los ciudadanos. Siendo la salud el parámetro más valorado, seguida de la riqueza y la educación. Además, los investigadores indican que estos baremos pueden ser útiles para valorar los cambios que se producen en las vidas de los habitantes de un país cuando suceden hechos de relevancia.

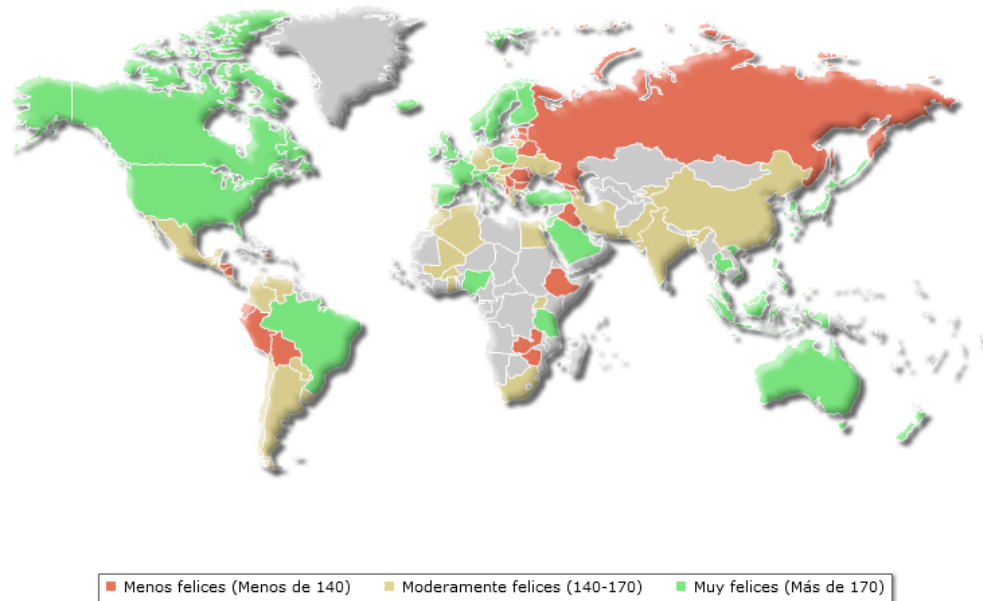


Figura 4.1. Mapa Mundial de la Felicidad.

Fuente: Elaboración propia a partir del banco de datos ASEP/JDS.

Los resultados obtenidos muestran que solo algunas regiones muy concretas pueden considerarse “infelices”, Se trata de Ecuador, Bolivia y Perú, en Asia; Albania, Montenegro, Serbia, Rumanía, Bulgaria y Moldavia, en Europa; Irak, en Asia; y Zambia y Zimbabue, en África.

Dentro de los que se declaran muy felices destacan Nigeria, Tanzania, Brasil, EEUU, Canadá, Australia; Indonesia, Suecia; Gran Bretaña, Finlandia, Polonia, Francia, España; Arabia Saudí, Turquía e Italia.

A modo de evidenciar todo lo que se ha ido desarrollando en el presente trabajo, es oportuno comparar el Mapa Mundial de la Felicidad con el Mapa mundial de PIB per cápita.

A diferencia del mapa creado por Adrian White, éste no tiene en cuenta la satisfacción con la vida, la educación o la salud, se centra en aspectos exclusivamente económicos. Relaciona el PIB, bienes materiales con crecimiento.

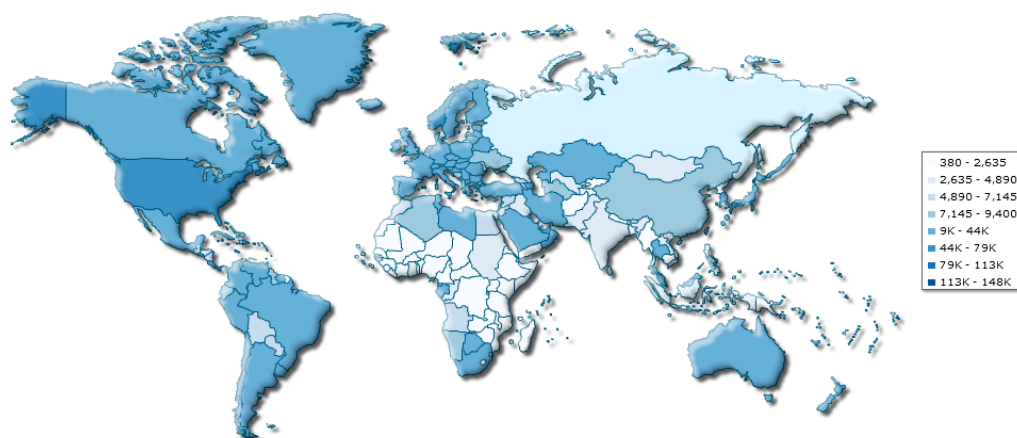


Figura 4.2. Mapa Mundial de PIB per cápita.

Fuente: Elaboración propia a partir de la información de www.indexmundi.com

Los resultados, esta vez, ponen en la parte más destacable a los países denominados paraísos fiscales.

Catar, Luxemburgo y Singapur, todos ellos considerados países offshore, componen el pódium internacional de PIB per cápita en dólares PPA (paridad del poder adquisitivo). A continuación se sitúan Noruega, Brunei, Hong-Kong, Estados Unidos, Emiratos Árabes Unidos, Suiza y Australia.

La principal conclusión que se extrae de esta comparación es que este indicador no señala a los mismos países que en el anterior. Las naciones anteriormente declaradas muy felices no son las más ricas, ni las más infelices son las más pobres. De ahí que el nivel de riqueza no pueda considerarse como único determinante del bienestar, y tampoco variable relevante para conseguir el desarrollo.

Cierto es que existe una correlación entre renta y felicidad, pero se verifica más si el país en cuestión se encuentra por debajo de un cierto umbral de riqueza y se habla de correlación a corto plazo, puesto que si miramos a largo plazo esta correlación se va debilitando. No obstante, los ingresos no son el único factor que afecta a la calidad de vida, ya que ésta es subjetiva, cada persona determina que aspectos son los que lo hacen sentir más feliz y la ponderación que tiene cada uno de ellos en la medición de su bienestar. Así, el PIB es más una medida de bienestar material que de felicidad.

CAPITULO 5

CONCLUSIONES

En el presente trabajo se replantea el problema de la felicidad en el ámbito de la economía y se revisan las principales aportaciones de la Economía de la Felicidad, esto es, el papel que debe desempeñar el bienestar subjetivo en el estudio del desarrollo humano.

Por una parte, el concepto de felicidad, entendido como la satisfacción subjetiva revelada por los propios individuos, es una aproximación válida para la valoración de la evolución de un ámbito socioeconómico concreto.

Por otro lado, la felicidad responde a cambios más complejos que los originados por la simple elevación de los niveles de renta. Esta constatación, entre otras cosas, cuestiona las perspectivas centradas en el binomio ingreso-felicidad que caracterizaban buena parte de las propuestas de la política económica que sitúan al crecimiento económico como prioridad absoluta. Estudios empíricos, y comparativas evidencian que la felicidad puede existir tanto en países ricos como en países pobres, ya que los factores que determinan la felicidad no son solo económicos. En EEUU, por ejemplo, el PIB aumentó marcadamente en los últimos 40 años, no así la felicidad, de hecho la búsqueda inquebrantable del PIB llevó a grandes desigualdades en materia de riqueza y poder.

En este sentido, la paradoja de Easterlin (ausencia de vínculo entre incremento de la renta per cápita y evolución de la satisfacción subjetiva global) pone de manifiesto el carácter complejo de los determinantes de esta variable, en la que los bienes relacionales, las dimensiones valorativas y el desarrollo humano en general parecen ser más determinantes que el mismo ingreso.

Así, el estudio del desarrollo humano debe realizarse a través de la siguiente proposición: el bienestar subjetivo, entendido como percepción favorable por parte de una persona de su propia calidad de vida, es condición necesaria y suficiente de desarrollo humano y, por lo tanto los indicadores de felicidad serán necesarios y suficientes. Sin embargo, esta proposición está compuesta por dos ideas independientes. La primera, la necesidad de integrar el bienestar subjetivo en los estudios del desarrollo, algo que comienza a ser ampliamente aceptado. Cabe destacar a este respecto que en el año 2010 el Informe sobre Desarrollo Humano del PNUD incluyó por primera vez indicadores de felicidad. La segunda, es que aunque se acepte que el bienestar subjetivo es condición necesaria del desarrollo humano, se rechaza que constituya un indicador suficiente de desarrollo pues deja a un lado la sostenibilidad.

En la actualidad, a pesar de que se continúa realizando estudios e investigaciones a cerca de las relaciones y determinantes de la felicidad, parece que la idea de condición necesaria se mantiene inalterable surgiendo nuevos índices que miden el bienestar en el mundo mediante distintas variables, pues el verdadero desarrollo es un proceso multidimensional, diferente para cada sociedad y cada tiempo.

La conclusión final y obvia de este trabajo es que definitivamente la felicidad es, o debería ser) el objetivo superior y la función guía del proceso de desarrollo de cualquier país, porque sencillamente es el fin último del ser humano, al que todas las demás actividades, bienes, servicios y riquezas tienden, siendo la utilidad simplemente el principio para juzgar esa tendencia.

Por supuesto, aproximarnos a alcanzar este fin último requiere de esfuerzos individuales y de políticas públicas fundamentales, las cuales deben encaminarse a asegurar el bienestar subjetivo.

Bibliografía

- Ardila, R. (2003): "Calidad de vida: Una visión integradora", *Revista Latinoamericana de psicología*, 35(2), 161-164.
- Argyle, M (2002): "The psychology of happiness", London, Routledge.
- Argyle, M. (1992): "La psicología de la felicidad". Traducción de Celia González Serrano. Madrid: Alianza Editorial, S.A.
- Argyle, M. y Hills, P. (2002): "The Oxford Happiness Questionnaire: a compact scale for the measurement of psychological well-being", *Personality and Individual Differences*, 33, 1703-1082.
- Aristóteles (1973): De la Ética a Nicómaco. En Los clásicos. Aristóteles. Obras filosóficas (pp. 155 – 234) (5ª. ed.). Selección y estudio preliminar por Francisco Romero. Traducciones de Lilia Segura. New York: W.M. Jackson Inc.
- ASEP/JDS [en línea]: Banco de datos ASEP/JDS, [Fecha de consulta: 19 Abril 2015]. Disponible en: <http://www.jdsurvey.net/jds/jdsurvey.jsp>.
- Bonini, A.N. (2008): "Cross-National Variation in Individual Life Satisfaction: Effects of national Wealth, Human Development, and Environmental Conditions". *Social Indicators Research* 87(2): 223-236.
- Blanchflower, D.G. (2001): "Unemployment, Well-Being and Wage Curves in Eastern and Central Europe", *Journal of the Japanese and International Economics*, 15, págs. 364-402.
- Blanchflower, D. G. y Oswald, A. J. (2004): "Well-being over time in Britain and the USA", *Journal of Public Economics*, 88, 7/8, págs. 1359-1386.
- Bradburn, NM. (1969): "The Structure of psychological well-being", Aldine Publishing Company, Chicago.
- Brickman, P., y Campbell, D. T. (1971): "Hedonic relativism and planning the good society", *Adaptation-level theory*, 287-305.
- Cantril H (1965): "The pattern of human concerns", Rutgers University Press, New Brunswick.
- Clark, A. E., y Senik, C. (2010): "Who compares to whom? The anatomy of income comparisons in Europe", *The Economic Journal*, 120(544), 573-594.
- D'ACCI, L. (2011): "Measuring Well-being and Progress". *Social Indicators Research* 104(1): 47-65.
- Diener, E. (1984): «Subjective well-being», *Psychological Bulletin*, vol. 95(3), págs. 542-75.
- Diener, E.; Emmons, R.E.; Griffin, S.; Larsen, R.J. (1985): "The satisfaction with life scale", *Journal of Personality Assessment*, 49, 71-75.
- Diener, Ed. (1994): "Assessing subjective well-being: Progress and opportunities" *Social Indicators Research*, 31: 103-157.
- Diener, E., Diener, M. & Diener, C. (1995): "Factors predicting the subjective well – being of nations". *Journal of Personality and Social Psychology*, 69 (5), 851 – 864.
- Diener, E.; Suh, E.; Lucas, R.; Smith, H. (1999): "Subjective well: Three decades of progress", *Psychological Bulletin* (125), 276-302.
- Diener, e. y lucas, R. E. (1999): "Personality and subjective well-being", en Kahneman y cols. (1999).
- Diener, E. & Seligman, M. (2004): "Beyond money: Toward an economy of well – being". *Psychological Science in the Public Interest*, 5 (1), 1 – 31.
- Duesenberry, J. S. (1952): "Income, saving and the theory of consumer behaviour" , *Harvard University Press*, Cambridge (Massachusetts).

- Easterlin, R. (1974): "Does Economics Growth Improve the Human a Lot? Some Empirical Evidence", *Academy Press*.
- Easterlin, R. (1995): "Will Raising the Incomes of All Increase Happiness of All?". *Journal of Economic Behavior and Organization* 27: 35 – 47.
- Easterlin, R. (2001): "Income and Happiness: Towards a Unified Theory". *Economic Journal* 111: 465 – 484.
- Easterlin, R.A. (2005): "Diminishing marginal utility of income?", *Caveat emptor. Social Indicators Research*, 70(3), 243-255.
- Eckersley, R. (2009): "Population Measures of Subjective Wellbeing: How Useful are They?". *Social Indicators Research* 94(1): 1-12.
- Freeman, R. (1978): "Job satisfaction as an economic variable", *The American Economic Review*, vol 68, nº2.
- Frey, B.; A. Stutzer. (2002): "What can economists learn from happiness research?", *Journal of Economic Literature*, 40:402-435.
- Hamermesh, D. (1977): "Economics Aspects of Job Satisfaction", *Essays in Labour market analysis*. John Wiley & Sons.
- Heylighen F, Bernheim J. (2000): "Global progress I: empirical evidence for ongoing increase in quality-of-life". *Journal of Happiness Studies* 1 (3):323-349.
- Hirschman, A. O. (1982): "Shifting involvements, Private interest and Public Action", Princeton, *Princeton University Press*.
- Inglehart, R. (1990): "Culture Shift in Advanced Industrial Society", *Princeton University Press*.
- Inglehart, R (1996): "The diminishing utility of economic growth" *Critical review*, 10, 4, pp. 509-531.
- James, W. (1884): "What is an emotion? Mind", 9 (34), 188 – 205.
- Kahneman, D. & Thaler, R. (1991): "Economic analysis and the psychology of utility: Applications to compensation policy". *The American Economic Review*, 81 (2), Papers and Proceedings of the Hundred and Third Annual Meeting of the American Economic Association, 341 – 346.
- Kahneman, D. (1999): "Objective happiness", en D. Kahneman, E. Diener y N. Schwarz (eds.), *Foundations of Hedonic Psychology: Scientific Perspectives on Enjoyment and Suffering*. Russell Sage Foundation, New York. Capítulo 1.
- Kahneman, D. & Thaler, R. (2006): "Utility maximization and experienced utility". *The Journal of Economic Perspectives*, 20 (1), 221 – 234.
- Kuznets, S. (1934): "Gross capital formation, 1919-1933", *Gross Capital Formation, 1919-1933*, 52, 1-20, NBER.
- Layard, R (1980): "Human satisfaction and public policy", *the Economic Journal*, vol. 90, nº 360.
- Layard, R. (2005): "La felicidad. Lecciones de una nueva ciencia", Taurus, Madrid.
- Oswald, A. J. (1997): "Happiness and Economic Performance", *The Economic Journal*, 107(445), 1815-1831.
- Rojas, M. (2009): "Economía de la felicidad. Hallazgos relevantes respecto al ingreso y bienestar" *El Trimestre Económico*, 303, pp. 537-573.
- Sen, A. (1983): "Development: Which Way Now?". *Economic Journal* 93 (diciembre): 745-62.
- Sen, A. (1998): "Teorías del desarrollo a principios del Siglo XXI". *Revista Cuadernos de Economía*, Vol. XVII, No. 29, 73 – 100.
- Sen, A. K. (1999): "Development as freedom", A. Knopf, Inc./Random House Inc., New York, 1999 (edición en castellano: *Desarrollo y Libertad*, Ed. Planeta, Barcelona, 2000, 440 pp.)
- Sen, A. (2000): "Desarrollo y libertad" (8ª. ed.). Barcelona: Editorial Planeta.

- Schimmel, J. (2009): "Development as Happiness: The Subjective Perception of Happiness and UNDP's Analysis of Poverty, Wealth and Development". *Journal of Happiness Studies* 10(1): 93-111.
- Scitovsky, T. (1976): "The joyless economy: An inquiry into human satisfaction and consumer dissatisfaction", Oxford U Press, Oxford, England.
- Van Hoorn, A. 2007: "A short Introduction to Subjective Well-Being: Its Measurement, Correlates and Policy uses" Prepared for the Second OECD World Forum on Statistics, Knowledge and Policy: "Measuring and Fostering the Progress of Societies", session on "Measuring Happiness and Making Policy", Nijmegen Center for Economics (NiCE), Radboud University. Nijmegen.
- Van Praag, B. M. S. (1971): "The welfare function of income in Belgium: An empirical investigation", *European Economic Review*, 2, 337-369.
- Veenhoven, Rut. (2007): "Measures of Gross National Happiness". MPRA. 11280.
- Veenhoven, R. (1984): "Conditions of Happiness", Netherlands Dordrecht, Reidel, (reeditado en 1991 por la Kluwer Academic).
- Veenhoven, R. (1991): "Questions on Happiness: Classical Topics, Modern Answers, Blind Spots", F. Strack, M. Argyle y N. Schwarz (comps), *Subjective Well-Being. An Interdisciplinary Perspective*, Londres, Pergamon Press, pp. 7-26.
- Veenhoven, R. (1993): "Happiness in nations: Appreciation of life in 56 nations", Rotterdam: Erasmus.
- Veenhoven, R. (2000): "The Four Qualities of Life. Ordering Concepts and Measures of the Good Life", *Journal of Happiness Studies* 1:1-39.
- Veenhoven, R. (2005): "Lo que sabemos de la felicidad", *Calidad de vida y bienestar subjetivo en México*, 1, 17-56.
- Veenhoven, R (2007) "Trend Average Happiness in Nations 1946 – 2006: How much people like the life they live". *World Database of Happiness, Trend Report 2007 – 1*.
- Internetaddress:http://www.worlddatabaseofhappiness.eur.nl/hap_nat/nat_fp.htm
- WHOQOL group. The World Health Organization quality of life assessment (1995): position paper from the World Health Organization. *Social science and medicine*, 41(10), 1403-1409.